

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS VII JORNADAS

1997

Patricia Morey

José Ahumada

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



LUDWIG WITTGENSTEIN Y LA RADICALIZACION DEL ESCEPTICISMO

El objetivo de este trabajo es presentar brevemente la tesis de Saúl Kripke en relación al escepticismo de Ludwig Wittgenstein, para intentar, a continuación, una evaluación crítica de los elementos que aporta el desarrollo de las afirmaciones centrales de esta tesis a la hora de precisar nuestra comprensión del problema escéptico en general, y también del pensamiento de Ludwig Wittgenstein, en particular.

En la página 68 de su libro, titulado Wittgenstein: reglas y lenguaje privado, Kripke afirma, decididamente, que Wittgenstein "inventó una nueva forma de escepticismo". "Personalmente -agrega Kripke- me inclino a considerarlo como el problema escéptico más radical y original que ha visto la luz en filosofía"¹. Pero antes de explicitar las características de este peculiar escepticismo, considero importante ubicar la citada afirmación de Kripke en relación a la obra de Ludwig Wittgenstein. Porque no son los aforismos de Sobre la certeza - libro al que parece inevitable remitirse a la hora de evaluar la posición de Wittgenstein frente al problema escéptico- los que alientan a Kripke a enunciar su tesis, sino los párrafos, a su entender centrales, de las Investigaciones Filosóficas.

En efecto, es en este libro, que tiene como objetivo la construcción de un nuevo modelo de lenguaje y significado, y no en Sobre la certeza, orientado a poner a salvo las nociones del sentido común no sólo de los ataques, sino también de las defensas argumentativas, donde el escepticismo de Wittgenstein se despliega -según Kripke- con toda intensidad y originalidad. Esto es así a punto tal que Kripke llega a afirmar que la cuestión del escepticismo es "el problema fundamental de las Philosophical Investigations"².

A partir de este reconocimiento, Kripke propone una nueva presentación de la estructura del libro, que hace del párrafo 202 su clave de lectura. Este párrafo presenta -para Kripke- una paradoja escéptica en relación con la idea de significado. Los párrafos que lo anteceden cumplen la función de presentar un marco introductorio que facilite la comprensión de la paradoja, en su real dimensión y problematicidad, en tanto que los párrafos sucesivos se orientan a explicitar las consecuencias que de ella se siguen en algunos terrenos específicos de la teoría del conocimiento: el de la filosofía de la mente y el de la matemática. Wittgenstein plantea en el citado párrafo 202, un problema escéptico en torno a la expresión "seguir una regla":

¹ KRIPKE, SAUL Wittgenstein: reglas y lenguaje privado, México, UNAM, 1989, p. 68.

² KRIPKE, op. cit. p. 78.

Por lo tanto 'seguir la regla' es una práctica. Y creer seguir la regla no es seguir la regla. Y por lo tanto no se puede seguir 'privadamente' la regla, porque de lo contrario creer seguir la regla sería lo mismo que seguirla.³

Queda claro que no se trata aquí de una argumentación de corte escéptico. Wittgenstein no sostiene tesis alguna, sino que muestra las dificultades que se suscitan a la hora de establecer con precisión la referencia de los significados, en el juego de atribución de conceptos. Estos significados -en función de la íntima relación que Wittgenstein propone entre palabras y acciones en el marco de las distintas formas de vida comunitaria- sólo pueden reconocerse atendiendo al uso que hacemos de los signos. Estos usos están determinados por reglas. Se sigue de aquí que comprender el significado de un término es estar familiarizado con las reglas que rigen su uso, ya que en ningún caso es posible identificar algún proceso subjetivo que otorgue significado a los signos y que corresponda a nuestra comprensión de las reglas. Tampoco hay hechos objetivos que garanticen el significado.

Llegados a este punto, una cierta desesperanza escéptica parece acecharnos en la laberíntica circularidad del planteo wittgensteiniano: ningún hecho, ni objetivo ni subjetivo, permite establecer los significados de los signos. Tan sólo el uso efectivo, regido por reglas diversas, hace de estas marcas sonoras o gráficas instrumentos capaces de transmitir información. La clave se halla, pues, en el concepto de regla y en las condiciones que rodean las situaciones concretas en las que cotidianamente seguimos reglas. Pero aunque nuestra vida en sociedad supone que en todo momento sigamos reglas de un modo espontáneo e irreflexivo, no resulta nada fácil establecer con precisión en qué consiste esta acción de seguir reglas, así como tampoco resulta fácil determinar qué es aquello que la posibilita. Esto es así porque no existe hecho o instancia alguna que determine el contenido de las reglas y que garantice nuestra comprensión de las mismas, constituyéndose al mismo tiempo en criterio de corrección de su aplicación.

La radicalización del escepticismo por parte de Wittgenstein reside, para Kripke, en su carácter lingüístico. No hay nada que sea querer decir algo por medio de una palabra. Cada nueva aplicación es un paso a ciegas. Cualquier intención actual podría interpretarse de tal manera que concordara con aquello que elegimos decir o significar. Pero queda claro que no se trata de una cuestión meramente epistémica. Lo que está en juego no es la limitada capacidad de conocimiento de los seres humanos en relación a los correlatos objetivos o subjetivos de los significados, sino que el problema es la completa inexistencia de esos correlatos. De modo tal que ni un ser omnisciente, con acceso a todos los hechos disponibles, podría acceder a los criterios para decidir la corrección o incorrección en la aplicación de las reglas que establecen los significados de un lenguaje.

A pesar de estas dificultades, lo concreto es que, sea lo que sea aquello que ocurre en la mente de una persona que sigue una regla, toda regla establece un curso de acción y nos determina a seguirlo. Pero si nada garantiza el contenido de las reglas, entonces todo parece indicar que tenemos la posibilidad de otorgarle el sentido que queramos. Sin embargo, si este

³ WITTGENSTEIN, LUDWIG Investigaciones Filosóficas, Barcelona, Crítica, 1988, párrafo 202, p. 203.

es el caso, la regla se manifestará por completo incapaz para determinar curso de acción alguno, ya que cualquier cosa que hagamos es, en este caso y según alguna interpretación, compatible con la regla.

Nuestra paradoja era esta: una regla no podía determinar ningún curso de acción porque todo curso de acción puede hacerse concordar con la regla. La respuesta era: Si todo puede hacerse concordar con la regla, entonces todo puede hacerse discordar. De donde no habría ni concordancia ni desacuerdo.⁴

Planteada ya la paradoja es necesario aclarar dónde reside su escepticismo. En primer lugar en que Wittgenstein da cuenta, como escéptico, de las insolubles dificultades que se esconden tras la noción de significado. Estas dificultades lo harían acordar, con el escéptico, en que no hay ningún "hecho superlativo"⁵, ni en mi mente ni fuera de ella, que constituya, tomando un ejemplo clásico de Kripke, mi referencia a la adición mediante "más"⁶, y que de antemano determine que debería hacer yo para concordar con este querer decir. Pero lo más importante es recordar siempre el problema o paradoja con que Wittgenstein presenta las conclusiones escépticas. Porque la conclusión escéptica es demencial e intolerable y por lo tanto las dudas del escéptico requieren una solución. Sin embargo, la solución que intenta Wittgenstein no es, para Kripke, directa sino a su vez también escéptica.

Es directa una solución que se propone para un problema filosófico escéptico si muestra, luego de un examen minucioso, que el escepticismo no estaba justificado, aportando argumentos que prueban aquellas tesis de las que el escéptico dudaba. La existencia de algún correlato objetivo o subjetivo que garantice de modo suficiente la referencia de los conceptos, erigiéndose al mismo tiempo en criterio de corrección de la aplicación de las reglas que determinan esos significados. Por el contrario, una solución escéptica de un problema filosófico escéptico, empieza concediendo que esos problemas son incontestables. Sin embargo, y a pesar de las apariencias, cabe pensar que tal vez el problema escéptico no necesita el tipo de justificación que el escéptico mostró, correctamente, que era insostenible, pero que, sin embargo, se equivoca en reclamar. Es importante destacar que la paradoja se plantea sólo en el caso de que nos mantengamos en el plano de análisis de la conciencia individual. En el marco de una concepción tradicional del lenguaje se sobredimensiona su función nominativa, ubicando el significado en la enunciación de las condiciones de verdad de una proposición. Pero si ampliamos esta concepción excesivamente estrecha del lenguaje, que nos devuelve una imagen igualmente estrecha del mundo, nuestra atención no se dirigirá ya a las condiciones de verdad en términos de adecuación o concordancia. Entender el significado en términos de uso reglamentado supone destacar las circunstancias bajo las cuales se efectúan en cada caso las emisiones que involucran, por ejemplo, numerales, enfatizando al mismo tiempo la utilidad que en el marco de cada forma de vida, tiene hacerlas bajo esas

⁴ op. cit. parágrafo 201.

⁵ op. cit. parágrafo 192.

⁶ Es este un ejemplo recurrente en Kripke (Cf. KRIPKE, op. cit. p. 33 y ss.). En general privilegia todos aquellos que proceden del campo de la matemática, en tanto la univocidad de la referencia es completa y parece excluir toda ambigüedad o indeterminación.

circunstancias. De este modo, todo aquel que sigue una regla -la de la adición, por ejemplo- es pensado necesariamente como un ser social que interactúa con una comunidad más amplia.

La paradoja se disuelve tan pronto como entendemos que es la regularidad en las formas de vida de las diferentes comunidades históricas aquello que posibilita el surgimiento del contenido de las reglas. Y a partir de ese contenido, posibilita también la consolidación de los criterios que determinan la corrección o incorrección de su aplicación. Si nos limitamos a considerar a un individuo aislado, sus supuestos estados psicológicos y su conducta externa es lo más lejos que podemos llegar. Este hipotético individuo aislado estaría autorizado a seguir la regla del modo que considere más natural y, en cierto sentido inevitable, por carecer la regla de todo contenido sustancial. Pero la situación cambia cuando ubicamos al individuo en el marco de una forma de vida comunitaria. Sólo en ese contexto es posible afirmar que un individuo sigue o no sigue las reglas con corrección. Porque el acuerdo general en las prácticas, que cada sociedad construye a través del minucioso entrenamiento de sus individuos, es necesario para que el juego de atribución de conceptos sea posible. Se sigue de aquí la completa imposibilidad de reglas privadas. Una regla privada es un sinsentido. No es posible, por lo tanto, hablar de un individuo aislado, sin referencia a comunidad alguna, como queriendo decir nada en absoluto.

Es indudable que la lectura de Kripke, al arrojar luz sobre el problema de "seguir una regla" ayuda a esclarecer la estructura de las Investigaciones Filosóficas. Pero creo que es posible extender su influencia a la obra de Wittgenstein en su conjunto. En efecto, la tarea de crítica del lenguaje, que Wittgenstein adjudica a la filosofía en su sentido positivo⁷, se ejerce en especial sobre aquellas proposiciones de nuestro lenguaje que decidimos ubicar más allá de toda duda razonable. Recordemos, en el Tractatus, las afirmaciones acerca de las proposiciones generales, que funcionan como leyes en el corpus de las distintas ciencias naturales. Las leyes científicas son presentadas allí como proposiciones normativas que prescriben el uso de nuestros términos descriptivos⁸. Muchos años después, en Observaciones a los fundamentos de la matemática, Wittgenstein se dedica a esclarecer el status de las leyes lógicas y matemáticas, esto es, de las proposiciones que es habitual destacar como "analíticas" en tanto su verdad puede establecerse, de modo necesario, a través de mecanismos puramente formales⁹. En ellas se ha ubicado, por años, la posibilidad de una certeza absoluta. Pero nuestro lenguaje alberga también proposiciones empíricas, sintéticas o a posteriori, a las que otorgamos el carácter de evidentes en función de su obviedad o familiaridad. Considero posible afirmar que todas ellas pueden ser caracterizadas como reglas. Este carácter normativo

⁷ En todas sus obras Wittgenstein distingue dos sentidos de "filosofía". La primera es la filosofía en su sentido negativo o "metafísico" que surge cuando el lenguaje gira en el vacío produciendo absurdos y sinsentidos. Pero Wittgenstein reconoce también para la filosofía la tarea positiva de actividad de análisis y crítica del lenguaje (Cf. RIVERA, SILVIA Ludwig Wittgenstein: Entre paradojas y aporías, Bs. As. Almagedo, 1995).

⁸ Cf. WITTGENSTEIN, LUDWIG Tractatus logico-philosophicus, Madrid, Alianza, 1979, 6.32 y ss. y RIVERA, SILVIA "Leyes científicas y usos del lenguaje en el Tractatus de Wittgenstein" En: Vestnik of the Faculty of Philosophy of Kiev Taras Schevchenko, vol. 24, 1995.

⁹ WITTGENSTEIN, LUDWIG Observaciones a los fundamentos de la matemática, Madrid, Alianza, 1987.

o prescriptivo, que las pone en contacto directo con la acción, es lo que aproxima a todas nuestras proposiciones de certeza, más allá de sus diferentes modalidades de expresión y de contenido.

Cabe destacar que este intento de una aproximación entre nuestras proposiciones de certeza no supone en modo alguno una traición al espíritu wittgensteiniano. Porque no se trata de postular algo así como una esencia común presente en estas proposiciones. Se trata, por el contrario, de entender la función que ellas cumplen en nuestras vidas. En esta función reside el aire de familia que las enlaza. Además ayuda a disipar cualquier confusión esencialista el hecho de que no sean estas un conjunto de proposiciones fijas, dadas de una vez y para siempre. Por el contrario, debe quedar en claro, en todo momento, su carácter histórico. En distintas épocas, y en el marco de comunidades diferentes, cambian las proposiciones que cumplen la función de reglas prescriptivas que fijan los significados de nuestros conceptos y establecen las relaciones entre ellos. Lo que no cambia es la "profunda necesidad" que tienen los hombres de contar con estas reglas que, a la manera de "goznes fijos"¹⁰, se constituyen en el eje o fundamento en torno al cual giran todos nuestros discursos, y también nuestras acciones. En tanto establecen los significados y los parámetros de toda prueba o argumentación se ubican como condición de posibilidad de la racionalidad misma.

Una misma proposición puede, en distintas épocas y en distintas comunidades, funcionar como una proposición controlada por la experiencia o, por el contrario, como una regla de control ¹¹. Estas reglas de control no podrán ya ser consideradas proposiciones en sentido estricto, en tanto no describen hecho alguno, y por lo tanto carecen de valores de verdad. Se trata, en todo caso, de "normas de descripción"¹² que nos orientan, en tanto prescriben el marco de referencias sobre el que es posible implementar toda descripción y toda correspondencia.

La instrucción "A es un objeto físico" se la damos a quien todavía no comprende el significado de "A" o de "objeto físico". Por tanto se trata de una instrucción sobre el uso de las palabras, y "objeto físico" es un concepto lógico (como color, medida...) Es por ello por lo que no es posible formar una proposición como "Hay objetos físicos".

A cada paso, sin embargo, nos encontramos con intentos frustrados de este tipo.¹³

Este párrafo destaca con claridad el carácter gramatical de estas proposiciones, cuya función es en última instancia fijar los significados compartidos por un grupo. Estos significados no se ubican no solamente se ubican más allá de toda duda razonable, sino también más allá de toda duda posible, ya que trazan el horizonte de todo aquello que puede ser pensado, pero también expresado y cuestionado con sentido. No son verdaderas, pero tampoco son falsas. Lo contrario de una certeza no es una falsedad o error, sino una "anomalía", esto es un fallo general en nuestro sistema de referencias que nos enfrenta con los límites de nuestra razón y nuestro lenguaje: "no dudar de todo es la forma y el método que

¹⁰ WITTGENSTEIN, LUDWIG Sobre la certeza, Barcelona, Gedisa, 1988, párrafo

¹¹ Cf. op. cit. párrafo 38.

¹² Cf. op. cit. párrafo 321.

¹³ Op. cit., párrafo 36.

tenemos de juzgar"¹⁴. Es por esto que Wittgenstein se refiere al cuestionamiento de algunas de las certezas que pertenecen a nuestro sistema de evidencias como algo cercano a lo que habitualmente se llama "perturbación mental"¹⁵

No sólo el citado párrafo 36 de Sobre la certeza alienta esta identificación de las proposiciones de certeza con reglas, y más específicamente con reglas gramaticales acerca del uso de los términos, sino también la reiterada utilización, por parte de Wittgenstein, de ejemplos provenientes del terreno de la matemática.

Afirmé en un comienzo que el desarrollo de las afirmaciones centrales de Saúl Kripke aporta importantes elementos para una mejor comprensión tanto del problema escéptico en general, como del pensamiento de Ludwig Wittgenstein en particular. En el caso de Wittgenstein, como acabamos de precisar, este desarrollo permite, en primer lugar, encontrar nuevas vetas que atraviesan sus obras enriqueciendo de este modo su lectura. En segundo lugar, nos permite ahondar en nuestro análisis de las proposiciones que, en nuestro lenguaje, funcionan como reglas que prescriben el marco en de sentido en que se instalan nuestro pensamientos y nuestras acciones. Son estas nuestras proposiciones de certeza, ya sean estas "formales" o "empíricas".

En cuanto al problema escéptico en general, es importante precisar en qué consiste la "radicalidad" y "originalidad" del palnteo wittgensteiniano que señala Kripke. En cuanto a la radicalidad, ya anticipamos que esta reside en que el escepticismo alcanza a la noción misma de significado. Se trata de un escepticismo lingüístico. Como bien señala Kenny, hay dos cosas de las que ni Descartes en su momento de máximo escepticismo llega a dudar: de sus propios estados y procesos mentales, y del lenguaje que utiliza, entre otras cosas, para expresar su escepticismo.

Considero posible extender esa afirmación de Kenny a toda la tradición escéptica occidental. Sobre este fondo adquiere relevancia el titánico esfuerzo de Wittgenstein, a quien no detienen ni el absurdo ni el sinsentido en su indagación de los límites del lenguaje, el pensamiento y la acción. Es en esta radicalidad donde reside, precisamente, su originalidad.

De todos modos, es importante reconocer que a pesar de la afirmación de Kripke, a la que ahiero, acerca del escepticismo radical inaugurado por Wittgenstein, y que es sin lugar a dudas un escepticismo lingüístico, algunos autores afirman que es posible presentar también, una larga y venerable tradición de la corriente escéptica que toma como centro al lenguaje. A la hora de reconstruirla ubican en ella nombres tales como Parménides, Heráclito, Gorgias, Guillermo de Occam y Duns Scotto. Jim Hankinson, en su artículo "The sceptical tradition in the philosophy of language"¹⁶ se propone demostrar la longevidad y vitalidad de temas que relacionan de modo directo escepticismo y lenguaje. En su recorrido, que parte de Parménides y llega hasta Derrida y Quine, Hankinson tematiza dos cuestiones centrales del escepticismo lingüístico que, aunque diferenciables, se relacionan entre sí. Por una parte, la

¹⁴ Op. cit. párrafo 232.

¹⁵ Cf. op. cit. párrafos 73 y 74.

¹⁶ HANKIMSON, JIM "The sceptical tradition in the philosophy of language". En: DASCAL, M. GERHARDUS, Q. LORENS, K. y MEGGLE, G. (eds.) Philosophy of language (vol. I), Berlin, Die Gruyter, 1993.

cuestión en torno a la capacidad de las palabras de designar, esto es de alcanzar la realidad extralingüística que representan. Por otra parte, la cuestión acerca del fundamento de la relación significativa, es decir, si las palabras significan naturalmente o sólo por convención. Sin embargo, y a pesar del carácter lingüístico de la radicalización del escepticismo operada por Wittgenstein, su propuesta no puede asimilarse a ninguna de las vertientes temáticas señaladas por Hankinson como propias de la tradición escéptica en relación al lenguaje. En relación a la primera, es necesario destacar que no cuestiona la existencia del polo objetivo de la relación de significado, ni nuestra posibilidad de acceder a él por algún medio que no comprometa, en sentido estricto, al lenguaje. Es por esto que el pensamiento de Wittgenstein resulta inconmensurable con esta tradición, en tanto para él no tiene sentido hablar de un mundo o una realidad que tanto se presente como correlato del lenguaje. Para ser más precisos debemos aclarar que es el lenguaje el que en cada caso establece y determina el mundo, introduciendo principios de orden a través de proposiciones que funcionan como reglas. Pero en ningún momento parte del supuesto de la existencia de una realidad independiente del lenguaje, ni de un acceso a ella que no sea ya siempre, y necesariamente, lingüístico.

A la hora de analizar el fundamento de la relación representativa, que vincula a signo y designado, y que es el tema de la segunda de las vertientes del escepticismo lingüístico señaladas por Hankinson, resulta imposible soslayar la referencia a Platón. En el Cratilo expone y somete a crítica las diferentes posiciones que es posible sostener en torno a esta cuestión. La rivalidad allí representada por las figuras de Cratilo y Hermógenes, en sus aspectos extremos, o por Hermógenes y Sócrates-quien sostiene que, siendo los signos convencionales, puede darse el caso de que las convenciones que los establecen sean tanto mejores cuanto más afinidad tengan con la cosa que representan- es retomada luego, en el marco de la polémica que mantienen estoicos y epicúreos por una parte, y escépticos por la otra. Los primeros defienden un naturalismo fuerte -el lenguaje surge de condicionamientos biológicos y ambientales- que se opone al convencionalismo a ultranza -cercano a la arbitrariedad- que preconizan los estoicos.

Estas posiciones antagónicas tradicionales marcan las alternativas que fijan durante siglos las modalidades de la discusión en tono a la naturaleza de la relación significativa. Pero queda claro que la posición de Wittgenstein no encaja en ninguna de estas alternativas. Porque si bien el carácter histórico de nuestras certezas, que identificamos ya con reglas que prescriben el uso de los signos, nos lleva a rechazar algún tipo de naturalismo, encaminándose hacia la alternativa convencional. Pero en modo alguno se trata de arbitrariedad. Porque son las situaciones concretas de la vida social de los hombres la fuente última a la que es necesario remitirse a la hora de intentar algún tipo de justificación -no teórica, sino práctica- de nuestras certezas. No se trata de condicionamientos biológicos -lo que aleja a Wittgenstein definitivamente de cualquier clase de "determinismo" o "naturalismo"- sino de las condiciones sociales e históricas del trabajo compartido de producción de significados. Pero tampoco es posible hablar de "convencionalismo", que supone ya, entre otras cosas, habilidad en el manejo de un lenguaje por parte de sujetos ya constituidos, que asumen libremente la tarea de establecer convencionalmente los significados.

Para finalizar quiero retomar la referencia a la imposibilidad de una justificación teórica de las reglas. Esta es la consecuencia última que se desprende del análisis de Kripke, y

en ello radica la originalidad del planteo escéptico de Wittgenstein. La radicalización lingüística del escepticismo operada por Wittgenstein alcanza precisamente el espacio de los significados, preservado aún por los escépticos más decididos a la hora de expresar su escepticismo. Pero es necesario aclarar en qué reside su originalidad, y para esto debemos retomar la referencia recientemente realizada a la imposibilidad de una justificación teórica de las reglas que Kripke destaca en su lectura de las afirmaciones de Wittgenstein acerca de nuestro seguimiento de reglas.

En su reclamo de una justificación teórica del conocimiento y las certezas encuentra Wittgenstein el límite del escepticismo. Este es también el lugar de encuentro entre escépticos y dogmáticos. La aceptación irreflexiva de una red de significados dados, así como también el recurso a la argumentación en términos de verdad y fundamentación, hacen del escéptico un interlocutor válido y hasta estimulante para el dogmático. Por el contrario, Wittgenstein muestra la inatinencia de plantear en estos términos la cuestión de las reglas encargadas de fijar tanto los significados como los mecanismos de prueba y justificación. Las reglas existen y ocupan un lugar destacado en nuestros juegos de lenguaje y en nuestras formas de vida. La descripción de estos juegos de lenguaje y estas formas de vida es lo más lejos que podemos ir. Aunque esta tarea parece estar más cerca del investigador social que del filósofo clásico.